

hecho básico de que la Iglesia romana impone unidad de fe y de disciplina a todos sus fieles, y enriquece con definiciones dogmáticas su contenido de creencias, adaptando, por otra parte, a las necesidades cambiantes el de sus instituciones. Será, pues, oficio del sociólogo inquirir sobre tales bases las causas, los caracteres y los efectos sociales de las mutaciones experimentadas por dicha sociedad en tanto que vive y se desarrolla en el tiempo y, en consecuencia, no deja modificar sus formas. Estas condiciones son tanto más susceptibles de investigación cuando los factores de especificación nacional intervienen en la configuración general del hecho religioso católico, haciendo necesario acometer, aparte de la sociología general del catolicismo, otras sociologías históricas concretas referidas a cada catolicismo nacional. Por esta razón considera M. Le Bras que un objetivo perfectamente vital de la sociología religiosa ha de consistir en poner de manifiesto las transformaciones de la Iglesia católica en cada comunidad nacional, lo mismo si se considera en tal caso a la Iglesia católica como participante en una nación, que si se la estima en tanto que miembro de una sociedad universal.

Acomete en este trabajo su autor, por medio de un rápido y seguro análisis, el proceso de formación de los cuadros territoriales y el desenvolvimiento de la estructura administrativa de la Iglesia de Francia, en estrecha relación con la propia configuración territorial y administrativa de la sociedad civil. Como consecuencia de estas circunstancias geográficas, jurídicas y políticas, puede observarse la progresiva aparición de una psicología local, regional y nacional que ha de ocupar una parte muy considerable en las manifestaciones más desarrolladas de la vida religiosa colectiva. Por otra parte, M. Le Bras deja señalado cómo por debajo de las apariencias de la unidad administrativa subyacen precisamente las divisiones y los conflictos entre los tres cuerpos radicales de la Iglesia: clérigos, laicos y religiosos.

Es muy esclarecedor el criterio de este sociólogo francés, al estimar la vitalidad interior del catolicismo de su nación en diversos períodos de su historia, según un doble criterio: el de la salud orgánica del catolicismo y el de su participación en la vida social. Des-

taca, al efecto, los tres tipos de autoridad que se encuentran en los grupos religiosos, y que dentro de la organización católica se concretan en las categorías de obispos, conductores —fundadores de órdenes e instituciones y predicadores populares— y santos. Analiza finalmente el autor el efecto de los movimientos y fenómenos de vitalidad interna de la Iglesia, dentro del seno de la sociedad temporal. Lo mismo en cuanto a los seguros criterios metodológicos que en cuanto a la riqueza documental utilizada en cada punto de su estudio, este denso artículo de Gabriel Le Bras constituye un punto obligado de consulta para el estudioso de estos temas.—MANUEL LIZCANO.

BOBBIO (N.): *Croce e la politica della cultura*, en «Riv. di Filosofia». Volumen XLIX, 1953, núm. 3.

El pensamiento de Croce se desenvuelve entre dos polos opuestos: su afirmación de la actividad política como actividad económica o fuerza vital, y en cuanto a tal, autónoma respecto a la moral, por un lado: y, por otro, la identificación de la libertad con la fuerza moral que dirige en última instancia la política, y con la cual toda buena política debe contar.

Mas ahora interesa destacar una cons-de cultura (en su sentido de filósofos) de cultura (en su sentido de filósofos) tienen una responsabilidad y una función política, en cuanto hombres de cultura. Este es el significado de la expresión «política de la cultura». Puede decirse que a través de su larga vida y de las numerosas vicisitudes por las que atravesara, fué éste el problema más profundamente sentido por Croce.

Desde su primera obra autobiográfica (*Contributo alla critica di me stesso*) en 1915, hasta los últimos tiempos, fueron objeto de su estudio las relaciones entre Filosofía y Política, con aquella «tranquila conciencia», que el filósofo tiene sobre su puesto de responsabilidad en la vida civil.

Resumimos, a continuación, las tres fases que pueden distinguirse en el desenvolvimiento de su pensar.

El primer modo de entender las relaciones entre actividad filosófica y actividad política es mediante la «especialidad» o «especificación», empleando el propio término de Croce. Mientras

la primera actividad pertenece a la teórica, la segunda parte pertenece a la práctica. Ambas constituyen dos formas distintas de actividad espiritual. A esta conclusión llegó en su juventud, tras de sus primeros contactos con la Política y los políticos.

Mas si estaba clara la distinción entre el hombre de pensamiento y el de acción, entre la actividad teórica y la práctica, era preciso mostrar ante sí mismo y ante su inquieta conciencia de ciudadano, que la actividad filosófica, a la cual era llamado por naturaleza y que no quería sacrificar, ni siquiera en parte pequeña a la actividad del hombre público, era, en su esfera propia, política.

¿Qué quería significar con esto Croce? Entendía que la Filosofía debe dar reglas de conducta al político, o bien que de una determinada concepción filosófica puede derivarse una ideología política, buena para constituir el contenido de un programa de gobierno. No se trata de una confusión o de una relación mecánica entre Filosofía y Política. Por eso habló de «cretinismo filosófico» para señalar la mescolanza.

Pensaba que la vida civil de una nación obtiene ventaja del adelanto cultural, del discernimiento de los conceptos teóricos e históricos de los estudiosos y especialistas. Así entendía, de este modo genérico, la función civil de la Filosofía.

En opinión de Bobbio el paso más interesante de la ideología de Croce, en este punto, se encuentra en una pequeña nota escrita en 1925, cuando comentaba que «no se pueden cultivar los estudios filosóficos, críticos e históricos sin poseer en sí mismo el sentido de la política y sentir ardientemente el efecto hacia la sociedad y la Patria, y hacer, pues, desde aquel punto de vista especializado, también política».

La investigación histórica le había demostrado que la Historia grande la realizan los hombres de cultura al margen de la política contingente. Dejemos aparte —dice Bobbio— el enjuiciar si esta tesis historiográfica tiene fundamento metodológico. Croce deja bien clara la importancia de la función histórica del intelectual en cuanto tal. Si se quiere, ello significa la revancha del hombre de cultura sobre el hombre de la política. Más tarde hablaría de

una «condicionalidad de la filosofía para la política».

Esta acentuada importancia de la función histórica de los hombres de cultura no podía quedar sin consecuencias respecto a la responsabilidad que tienen en la sociedad. La función de los hombres de cultura, como precisara paulatinamente la mente de Croce, es la conciencia moral de la humanidad en su desenvolvimiento. Es decir, les corresponde salvaguardar y promover los «valores de la cultura», distintos de los «valores empíricos». Y el hombre de cultura tiene el peligro de servir primero al partido, o a la parte de verdad que está al día.

En su tancia, Croce combatía contra dos frentes: el apoliticismo de la cultura, es decir, contra la cultura que está estancada en la Historia por falta de vigor filosófico, por avidez mental, o lo que es peor, por deliberado espíritu de evasión; y la «politización» (politicidad) de la cultura, es decir, contra la cultura transformada en público servicio. Tanto los apolíticos como los políticos pecan —unos por defecto y otros por exceso— contra el primado de la cultura.

Una tercera fase del pensamiento de Croce está representada por la idea de que el hombre de cultura es combatiente en un campo más vasto que el de la simple verdad frente a todo error y sobre todo, el error político; por el contrario, abarca el valor supremo de la Historia y el de la libertad, que se identifica con el ideal moral. La función política de la cultura es la defensa de la libertad. Tal es el primer y más alto deber del hombre de cultura. Así resuelve el problema de las relaciones entre Cultura y Política.

No es caso de investigar cómo Benedetto Croce, en los años de crisis del Estado italiano, había descubierto y justificado histórica y filosóficamente el liberalismo. Lo que importa aclarar es cómo este descubrimiento se identificó en su pensamiento con una nueva y más robusta consideración de la función activa de los intelectuales en la vida social. La idea liberal no es concebida como una ideología frente a otra, o como un programa de partido, sino como el mismo ideal moral de la humanidad que abraza a todos los partidos —incluido el partido liberal— y a todos los supera.

De estos principios se deriva su con-

cepción liberal. No es una teoría política, sino metapolítica. Si la libertad es el ideal moral de la humanidad, y, por tanto, el valor de civilización por excelencia —recuérdese su distinción entre valores de cultura y valores prácticos— en función del cual, por tanto, la humanidad se enriquece y se perfecciona, es claro que la libertad históricamente no es legada a ésta o aquella clase económica o política (Croce combatía el concepto de libertad como expresión del ideal burgués), sino que es patrimonio de aquella parte de la humanidad a la cual es asignado el oficio y la responsabilidad de defender y promover los valores de la civilización, y como tal, tiene la «dirección de la sociedad», es decir, de los hombres de cultura. De aquí esta otra idea: si el liberalismo es un ideal moral, si se quiere denominar así a un partido político, éste tendrá que ser «el partido de los hombres de cultura».

No debe olvidarse —advierte, finalmente, Bobbio— que en los años de dictadura personalizó aquella misión del doctor que él había proclamado, la del intelectual que realiza su parte en la Historia en cuanto portador de la fuerza no política, que la política no puede suprimir nunca radicalmente, porque resurge siempre nueva en el pecho del hombre, y con ella habrá de contar siempre la buena política.—
I. PEDRO PASTOR.

COLE (G. D. H.): *La structure des classes en Grande-Bretagne à 1951*, en «*Cahiers Internationaux de Sociologie*», París, vol. XVI, enero-diciembre 1954.

El profesor Cole, de la Oxford University, realiza un minucioso estudio estadístico en este trabajo, tomando como base el censo nacional de 1951, cuya clasificación advierte que todavía, a su juicio, es deficiente en cuanto a la sistematización de las categorías profesionales y sociales del conjunto de los ciudadanos. El examen atento de las cifras y de los resultados de la clasificación establecida por los organizadores de dicho censo, revela que, por cada cien personas activas, hay aproximadamente en Inglaterra un empleado importante o un dirigente económico importante; y dos o tres son admi-

nistradores o gerentes —*managers*— de un nivel más bajo, así como otros pequeños directivos, comprendidos entre ellos pequeños agricultores y comerciantes. A continuación de esta categoría de cuadros económicos o *managers* figura la de cuadros intelectuales —*professionals*—, que comprende nueve o diez de cada cien personas activas de la nación. Abarcan dichos cuadros intelectuales un conjunto no demasiado homogéneo de profesiones, que comprende desde las liberales superiores hasta los grupos subalternos, en los que figuran, por ejemplo, los preceptores y las enfermeras tituladas. Resulta difícil ponderar las diferentes especialidades profesionales dentro de unos y otros grupos con arreglo a niveles bien definidos, por esta escasa diferenciación que resulta dentro de las grandes categorías establecidas. Dos o tres de cada cien ingleses activos son *agents de maîtrise* de un grupo o de otro, y especialmente contra maestros e inspectores o revisores —*controleurs*—. Cinco, con niveles de renta extremadamente variables, son considerados como trabajadores «independientes»; y ocho o nueve empleados subalternos o mecanógrafos.

Aparte del conjunto que representan los grupos incluidos en las anteriores categorías, los cuales comprenden un 30 por 100 aproximadamente de la población activa censada, y quizás lleguen a suponer un tercio de la misma, quedan los dos tercios restantes. Entre estos últimos pueden distinguirse todavía cuatro o cinco vendedores de comercio y algunos otros trabajadores no manuales. El resto, un 60 por 100, por lo menos, y en proporciones aproximadamente iguales, obreros de cada uno de los cuatro niveles previstos para la clasificación: plenamente calificados, bastante calificados, semicalificados y no calificados.

El trabajo ofrece una perspectiva de conjunto tan convincente como sugestiva, en todo lo que hace referencia a la relación proporcional de los grupos sociales que intervienen en la estructura social británica. No obstante, advierte el autor que en la estimación general que ha podido formular, no se tienen en cuenta factores de complicación suplementarios, tales como el de los jóvenes trabajadores, cuya oscilación de unas a otras categorías sociales es notable en Inglaterra, sobre todo en